

## Temporada de aniversario del Teatro del Presagio, 2010: entre la irreverencia y la reflexión [T.E.]

Elicenia Ramírez\*

\* Egresada del Bachillerato Artístico en Teatro, 1996, Bellas Artes, Cali; Licenciada en Literatura, 2002, y Magister en Literatura Colombiana y Latinoamericana, 2007, Universidad del Valle. Docente de la Facultad de Artes Escénicas, Bellas Artes, Cali.

## Obra: Acéfalos, 2006.

Escrita y dirigida por  
Diego Fernando Montoya.

Elenco: Edwin Taborda, Camilo Villamarín,  
Gonzalo Basto y Juan Pablo Villa

## Obra: La oscuridad, la crueldad y la risa, 2010

Escrita y dirigida por  
Diego Fernando Montoya.

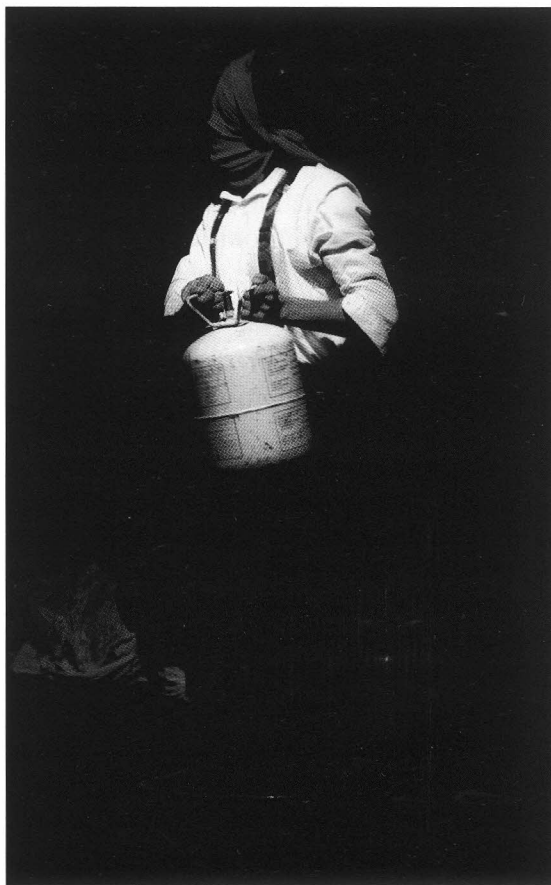
Elenco: Diana Mellado, Edwin Taborda, Ca-  
milo Villamarín, Gonzalo Basto y Juan Pablo  
Villa.

Cuatro hombres a la espera. En vilo de una llamada que dé razón del ausente. En escena, el suceso cotidiano se convierte en una danza triste y azarosa. Una y otra vez, cada hombre se abalanza con angustia, con miedo o esperanza hacia un teléfono distinto. Cuántas maneras posibles para levantar la bocina, de responder, de no decir, de escuchar.

Así comienza Acéfalos, estrenada en 2006, escrita y dirigida por el dramaturgo antioqueño Diego Fernando Montoya, director del Teatro del Presagio, de Cali. Un colectivo conformado por estudiantes y egresados de la Licenciatura en Arte Teatral, de la Facultad de Artes Escénicas de Bellas Artes (Cali). Con esta puesta en escena, el pasado mes de

agosto del presente año, este grupo teatral dio inicio a una breve pero sugerente temporada, en el tradicional teatro La Máscara de Cali, para celebrar sus cinco años de existencia, con el estreno de la obra La oscuridad, la crueldad y la risa.

A diferencia de otros trabajos del Teatro del Presagio: el poema dramático Edipo, las versiones libres de Sade y de otros “malsanos” autores, e incluso La oscuridad; en esta



Obra: Acéfalos / Autor: Diego Fernando Montoya / Director: Diego Fernando Montoya / En esta foto: Por Identificar / Fotografía: David Franco

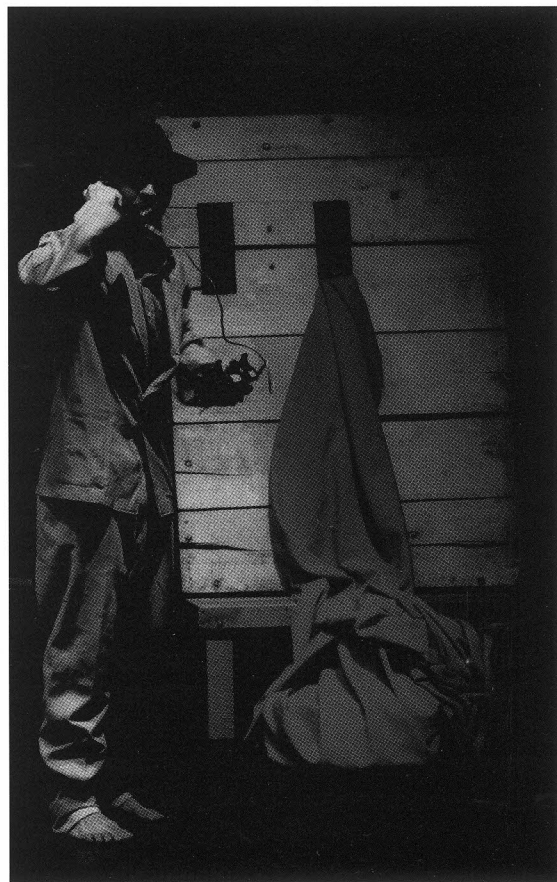
apuesta escénica predomina la dramaturgia de la imagen sobre la dramaturgia de la palabra. Es decir, en *Acéfalos* el discurso detonante es la metáfora visual que se impone a un argumento explícito. Aquí, el escenario se propone como laboratorio para explorar en torno a las múltiples posibilidades de evidenciar la acefalia, una palabra que evoca un acto violento: perder la cabeza, la humanidad o la razón. *Acéfalos* expone una monstruosidad, una anomalía que en Colombia ya no nos escandaliza, no nos conmueve, no nos pone a pensar.

Aunque no hay esfuerzos por contar una historia, por plantear y resolver un conflicto, podemos reconocer una anécdota conocida: la suerte del desaparecido arrebatado por la violencia. Para abordarla, el colectivo se decide a mostrarnos, sin asomo de dramatismo, tres perspectivas mediante cuadros aparentemente desligados: somos testigos de la desesperación del que espera, de la degradación de la víctima y de la crueldad del victimario.

En esta obra, la palabra es escasa, reducida a breves enunciados. Un texto nos anuncia reiteradamente la tragedia cotidiana: "Hoy un hombre va a morir, hoy será su último día, por el deseo o la inmoralidad de un asesino". A partir de esa sentencia se desencadenan situaciones descarnadas, pero también nostálgicas que alcanzan una extraña belleza: los que esperan, evocan al ausente en sus trajes todavía húmedos y colgados en azoteas inexistentes; un cadáver es arrullado por el río; un torturador afina con rigor y minucia su práctica preciosa de la crueldad.

En el escenario predomina la penumbra de ambientes urbanos marginales, cómplices del juego de la sevicia. Cambuches, callejones, sucias habitaciones, donde conviven sujetos sin identidad, sin nombre, que parecen regodearse en el placer de hacer daño o en el dolor de soportarlo.

De fondo, la melodía de un alegre bandoneón logra, con eficacia, abstraernos de la tragedia. Sorprendentemente, el acto violento



Obra: *Acéfalos* / Autor: Diego Fernando Montoya / Director: Diego Fernando Montoya / En esta foto: Gonzalo Basto / Fotografía: David Franco

adquiere una forma poética mediante una partitura de acciones repetidas, cuidadas, similar a una danza sincronizada, a veces acrobática, minuciosa y, sobre todo, silenciosa. Ante la evidente ausencia de la palabra, el cuerpo — gesto y movimiento— es el mayor elemento de significación, de construcción de sentido en esta pieza teatral.

Si bien la imagen ha sido uno de los lenguajes más explorados y maximizados en las sugerentes propuestas dramáticas del Teatro del Presagio, en esta obra se constituye en su texto capital, formulando, de entrada, un desafío al espectador.

Este desafío es justamente una de las características más destacadas en el trabajo de este colectivo caleño. Quizá por eso, para conmemorar sus cinco años de vida, se decidieron por una apuesta metateatral La oscuridad, la crueldad y la risa en donde cinco actores de un supuesto precario grupo venido a menos, se burlan del público, de sí mismos y de su oficio.

También escrita y dirigida por Montoya, se trata de una suerte de farsa auto sacramental, salpimentada por un pícaro entremés, una siniestra mojiganga y “otras hierbas” de nuestra tradición teatral popular. De manera que, en esta puesta en escena, la palabra es la gran soberana. Su forma dramática evoca el teatro del siglo de oro español. Un arte poética de la representación al servicio de los principios teológicos, filosóficos, morales e incluso científicos de la contrarreforma católica. También nos recuerda los juegos carnavalescos del teatro de los nuestros, como La

orgía de Enrique Buenaventura y la Trifulca de Santiago García. Nada de esto es gratuito. De nuevo, el Teatro del presagio nos sirve un plato exótico, cargado de referentes de nuestra tradición cultural y también de algunos excesos que incluso pueden llevarnos, como espectadores al hastío y el desconcierto. En estos rasgos muy posiblemente podemos reconocer las obsesiones temáticas y sobre todo el ánimo irreverente, crítico y grotesco de Montoya y sus actores sobre el quehacer teatral.

La apuesta corre algunos riesgos. El auto sacramental, que presenta una farsa litúrgica, acude a los mismos lugares comunes de la corrupción sexual, el homosexualismo soterrado y la mojigatería eclesiástica. La palabra se desgasta en insultos frívolos y en obscenos gestos manidos que revelan una exploración pobre y facilista del acontecimiento. Sólo por unos momentos los esperpentos que parodian obispos, santos y sacerdotes logran sostener la grotesca representación; luego de la risa inicial y el asombro, la imagen cae en lo insulso.

Pero a pesar de que el plato fuerte no consigue llegar a su punto, los adicionales logran ser cuadros memorables. Me refiero a un curioso entremés sobre el pudor mojigato en el uso de la lengua; a la cínica confesión de un devorador de inocencias infantiles (una abierta referencia a Garavito); y, finalmente, a la carreta desmesurada de un silvestre yerbatero, que nos descubre los orígenes de la monstruosidad y el mal en los desmanes de la lujuria. Sin embargo, exceptuando la destacada actuación de Edwin Taborda, hace falta

un mayor trabajo con la palabra pues el discurso suele convertirse en una pesada carga, a veces aburrida, a veces inaccesible que por momentos pareciese una intencional forma de ignorar y menospreciar a los que officamos de público.

Tal como en Acéfalos, cada momento de este espectáculo es un desafío, pero en esta oportunidad a la comprensión muy seguramente por el abusado lugar de la palabra, un flujo a veces incontenible e incomprensible. En La oscuridad, la crueldad y la risa hay una abierta intención al juego teatral, aunque algo caótico y sucio, que muestra sus costuras, sus harapos y miserias. Hay una impúdica invitación a reconocer la oscura presencia y persistencia de nuestros prejuicios, taras y dobleces.

Como la mayoría de los estrenos, hace falta tiempo para que las obras recién paridas logren ajustar sus ritmos, interpretaciones, limpiar algunas transiciones y quizá replantear algunas imágenes. Por fortuna el Teatro del Presagio es joven, vital y aplica la reflexión y la crítica a su propio trabajo creativo. Eso se puede apreciar en la madurez de sus obras de repertorio: siempre en revisión, bajo sospecha. Allí radica su dinamicidad y vigencia.

Obra: Muerte Accidental de un Anarquista / Autor: Darío Fo / Director: Doris Sarría, Paula Andrea Ríos / De Izq. a Der.: Daniela Rojas, Isabella Londoño, Alejandro Monsalve / Fotografía: Lina Rodríguez





